

ESTUDIOS

Eucaristía y experiencia mística en santa Teresa

SALVADOR ROS GARCÍA

Segovia

RESUMEN: Una breve nota histórica nos sirve para acercarnos a los primeros contactos de Teresa con la Eucaristía. La importancia que adquiere en su espiritualidad se va después desarrollando, tanto en su pensamiento y doctrina como en su experiencia y en su vida, reflejada incluso en la importancia que da en sus fundaciones a la presencia del misterio eucarístico para ser venerado.

PALABRAS CLAVE: Eucaristía, Fundaciones, experiencia mística y eucaristía; piedad eucarística, piedad cristológica.

Eucharist and Mystical experience in St. Teresa

SUMMARY: This article offers a brief historical summary, leading to an understanding of St. Teresa's initial contact with the Eucharist. Its importance to her spirituality will increase over time and is reflected both in her thought and teachings, as well as in her lived experience. It is also reflected in the importance given to adoration of the Eucharistic Mystery in her foundations.

KEY WORDS: Eucharist, Foundations, mystical experience and Eucharist; Eucharistic piety, piety Christological.

La Eucaristía, como nos recordó el Concilio Vaticano II, es «fuente y culmen de toda la vida cristiana» (LG 11; SC 10). ¿Lo fue también para santa Teresa? Lo primero que hay que saber es qué formación eucarística tuvo ella, y, después, cómo la vivió, qué experiencia

tuvo de ese misterio, de qué manera y en qué medida fue «fuente y culmen» de su vida espiritual.

1. FORMACIÓN Y PRÁCTICA EUCARÍSTICA DE TERESA

Es muy poco lo que sabemos de la formación y de la práctica eucarística que pudo tener Teresa en los años de su infancia en el seno de una familia de cristianos nuevos, de origen judeoconverso. No hay datos de su iniciación catequética ni de su primera comunión. Ese acontecimiento no aparece entre los recuerdos de su niñez, de su temprano despertar a través de los «buenos libros de romance» que tenía su padre «para que leyesen sus hijos» y que la llevaron a descubrir «el camino de la verdad», «la verdad de cuando niña» (V 1,1.5; 3,5)¹. Es de suponer que ella participaría de lo que entonces era propio de un ambiente sacralizado y de la Iglesia pretridentina: la misa dominical, la comunión por Pascua Florida y en determinados momentos familiares, las procesiones populares con ocasión de la fiesta del Corpus Christi, etc.

En el inventario de los libros que tenía don Alonso en 1507, tras la muerte de su primera esposa, doña Catalina del Peso, figuraba «un Tratado de la Misa»², que bien podía ser el de Hernando de Talavera, *Devoto tractado de lo que representan e nos dan a entender las ceremonias de la Misa*, o el de Fray Diego de Guzmán, *Tratado de las excelencias del sacrificio de la ley evangélica*. No sabemos si Teresa

¹ Citamos los escritos teresianos por la edición de *Obras Completas de Santa Teresa*, 5ª ed., EDE, Madrid 2000, salvo las *Relaciones y Cuentas de Conciencia*, que lo hacemos por nuestra edición crítica, BAC, Madrid 2014, y con las siglas convencionales: CC: *Cuentas de Conciencia*; CE: *Camino de perfección*, cód. Escorial; CV: *Camino de Perfección*, cód. Valladolid; Cst: *Constituciones*; Cta: *Cartas*; E: *Exclamaciones*; F: *Fundaciones*; M: *Moradas del Castillo Interior*; MC: *Meditaciones sobre los Cantares*; P: *Poesías*; V: *Libro de la Vida*.

² Véase el inventario de don Alonso en MANUEL DE SANTA MARÍA, *Espejuelo historial*, ms. 8713 de la Biblioteca Nacional de Madrid, II, fol. 8r-v. Cf. T. ÁLVAREZ, *Cultura de mujer en el siglo XVI. El caso de Santa Teresa de Jesús*, Ávila 2006, p. 26s; L. E. RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, «Libros y lecturas para el hogar de don Alonso Sánchez de Cepeda», en *Salmanticensis* 34 (1987) p. 175.

llegó a leer esos “tratados”, que hubieran sido para ella una buena iniciación catequética y espiritual. Lo más probable es que utilizase alguna de las sencillas *Cartillas*, de ocho páginas o poco más, en las que se incluía la doctrina cristiana y el “orden para ayudar a Misa”³. Y lo que sí sabemos es que, en los años de madurez, en su etapa de fundadora, ella tenía su *Misal* castellano para seguir participativamente la celebración de la Eucaristía. Lo confirman algunas de sus monjas, que la vieron «en el coro, estando oficiando la misa, quedarse en pie con un misal pequeño en las manos»⁴. Y en su epistolario, la vemos cómo agradece a la priora de Salamanca el haberle enviado a Palencia unos «misales que son muy buenos» (Cta a la M. Ana de la Encarnación, febrero de 1581, 7)⁵.

Mucho más influyente en su piedad eucarística debió ser el libro de la *Imitación de Cristo*, o *Contemptus mundi*, como ella lo llama. Es cierto que ella nunca se remite al famoso “libro cuarto: del Sacramento del Altar”. Pero también es cierto que ella lo leyó y que algo de lo allí contenido se trasvasaría después a los capítulos del *Camino de Perfección*, donde afronta el mismo tema. De hecho, lo recomienda expresamente en las *Constituciones* como libro fundamental para la formación de sus monjas, con la convicción de «que es tan importante este alimento para el alma como el comer para el cuerpo» (Cst 8).

³ Como la muy difundida de HERNANDO DE TALAVERA, *Cartilla y doctrina en romance para enseñar niños a leer*, Salamanca 1505, Granada 1508, Sevilla 1512. Cf. V. INFANTES, *De las primeras letras. Cartillas españolas para enseñar a leer de los siglos XV y XVI*, Salamanca 1998, con reproducción facsimilar de distintas cartillas y doctrinas.

⁴ Lo declaran Juana de Jesús e Isabel de Jesús, monjas en Salamanca. Cf. *Procesos de beatificación y canonización de Santa Teresa de Jesús*, en *Biblioteca Mística Carmelitana* (=BMC), t. 18, Burgos 1935, p. 57; t. 20, p. 120.

⁵ Ana de Jesús Lobera nos recuerda su esmero por la participación activa en la liturgia: «Deseaba ayudásemos siempre a officiar la misa, y buscaba cómo lo pudiésemos hacer cada día, aunque fuese en el tono que rezamos las horas, y si no podía ser por no tener capellán propio y ser tan pocas entonces, que no éramos más de trece, decía que la pesaba careciésemos de este bien; y así, la vez que se cantaba la misa, por ningún otro negocio dejaba de ayudar, aunque en aquel punto acabase de comulgar y estuviese muy recogida» (BMC 18, p. 473-474).

Pero sobre todo tendría un precioso manual de formación eucarística en los *Cartujanos*, es decir, en la *Vita Christi cartuxano*, escrita por el cartujo Ludolfo de Sajonia y traducida por el franciscano Ambrosio Montesino⁶, también incluido por la Santa en la lista de libros propuestos en las *Constituciones* (Cst 8). Es probable que las páginas de ese libro estén en la base de lo que Santa Teresa describirá más tarde en la *Cuenta de Conciencia* 25 (del 30 de marzo de 1572), según la cual desde «hace más de treinta años» que ella practicaba una íntima liturgia eucarística en la fiesta del domingo de Ramos; práctica y lectura que nos hacen retroceder a los 25 años de Teresa, en pleno período de dificultades, de crisis espiritual.

Efectivamente, sus primeras confidencias se refieren a los años de iniciación en la oración personal, siendo ya religiosa en el monasterio de la Encarnación, cuando luchaba contra las distracciones y las dificultades en la meditación: «Si no era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro» (V 4,9). Pero entonces no practicaba aún la comunión diaria (ni siquiera la “comunión frecuente”, desde nuestros parámetros de hoy). Eran relativamente pocos los días de comunión permitidos por las Constituciones del monasterio de la Encarnación. Según la Regla carmelitana, la celebración de la Misa era el acto comunitario por excelencia. También lo era en el monasterio abulense de la Encarnación, donde las monjas asistían cada mañana a la celebración de la Misa. Pero eran pocas las fechas en que se permitía la comunión:

«Comulgarán regularmente en la primera dominica del adiento, y en la natividad de nuestro Señor, y en la primera dominica de la cuaresma, y en el jueves de la cena, y en el día de pascua siguiente, y en el día del ascensión, y en la pascua del espíritu santo, y en el día del corpus christi, en la fiesta de todos santos, y en las fiestas de nuestra señora, y en el día que reciben el hábito, y en el

⁶ *Vita Christi Cartuxano romançado por fray Ambrosio*, 2 vols., Alcalá de Henares, 1502-1503; 2ª ed., 4 vols., Sevilla 1530-1531, reordenada conforme al año litúrgico. Esta es la edición que Teresa manejó, en la que leyó numerosos pasajes bíblicos que el traductor destacaba con letras especiales, la que le ayudó a adentrarse en los misterios de la vida de Cristo (cf. V 4,7) y con la que preparaba las solemnidades litúrgicas (cf. V 38,9). Cf. T. ÁLVAREZ, *Cultura de mujer en el siglo XVI*, o. c., p. 217ss; GIOVANNA DELLA CROCE, «La “Vita Christi” di Landolfo di Sassonia e S. Teresa d’Avila», en *Car-melus* 29 (1982) 87-110.

día que hacen profesión... Pero si nuestro Señor diere devoción al convento, o a la mayor parte, de querer comulgar más a menudo, poderlo han facer de consejo del confesor y de licencia de la priora»⁷.

Esa debió ser la práctica habitual de Teresa hasta el «paroxismo» del 15 de agosto de 1539, aquellos cuatro días en estado de coma que la dejaron «descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza, toda encogida, hecha un ovillo» (V 6,1) y tras los cuales «comulgué con hartas lágrimas» (V 5,10). Tenía ella entonces 24 años. «El estar así me duró más de ocho meses», «hasta Pascua Florida» (6 de abril de 1540), «el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años» (V 6,1). Y a partir de entonces optó por «comulgar y confesar muy más a menudo, y desearlo» (V 6,4), aunque para ello, como el terrible «paroxismo» le había dejado queiebras de estómago con frecuentes vómitos matinales, «que hasta más de mediodía me acaecía no poder desayunarme, y algunas veces más tarde», para poder comulgar en la misa comunitaria (de la mañana), tenía que provocar el vómito la noche anterior: «Después acá, que me acueste más a menudo las comuniones, es a la noche, antes que me acueste, que tengo yo de procurarle con plumas y otras cosas» (V 7,11; 40,20).

La confesión y la comunión “frecuentes” serían sus recursos para superar el escollo de la mediocridad espiritual, la larga «batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo» (V 6,4.7). Al morir su padre, en 1543, y proponerse ella una drástica revisión de vida, el nuevo confesor, el dominico P. Vicente Barrón, la anima a «comulgar de quince a quince días» (V 7,17; 19,12). Ese tímido refloreCIMIENTO de su piedad eucarística alentarà la vida espiritual de Teresa en esos duros años hasta 1554, entre los 29 y los 39 de edad. A medida que cultiva su vida de oración, la comunión se va convirtiendo en el momento más intensivo de ésta: «cuando comulgaba, como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas» (V 9,2). «Sé de esta persona que muchos años, aunque no era muy perfecta, cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada el Señor, procuraba esforzar la fe, para que, como creía verdaderamente entraba este Señor en su pobre posada, desocupábase de todas las co-

⁷ Cf. BMC 9, p. 485.

sas exteriores cuanto le era posible y entrábase con Él. Procuraba recoger los sentidos para que todos entendiesen tan gran bien (digo, no embarazasen al alma para conocerle). Considerábase a sus pies y lloraba con la Magdalena, ni más ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del fariseo. Y aunque no sintiese devoción, la fe la decía que estaba bien allí» (CV 34,7). En la Encarnación florece por esas fechas un grupo de devotas del Santísimo Sacramento. Forman la *Compañía del Corpus*, con reglamento y prácticas propias. Teresa pertenecía a esa Compañía.

2. RENOVACIÓN A TRAVÉS DE LA EXPERIENCIA MÍSTICA

Las cosas cambian radicalmente al iniciar su vida mística, a partir de la conversión (año 1554). Al igual que otros elementos importantes de su vida espiritual, también éste de la piedad eucarística sería inexplicable sin tener en cuenta el paso por la experiencia mística. Una vez que ésta se centró en el misterio de Cristo (cf. V 27), con especial atención a su Humanidad (cf. V 22; 6M 7), la Eucaristía pasaría a integrarse en ese plano de la piedad cristológica. Es probable que para esas fechas ya practicara ella la comunión diaria, aunque eso suponía una singularidad llamativa en su ambiente comunitario. Singularidad agravada por los condicionamientos de su salud, como ya dijimos (cf. V 7,11; 40,20). Su primer biógrafo, el P. Francisco de Ribera, escribía al respecto: «Desde antes que saliese de la Encarnación a fundar estos monasterios, comulgaba ordinariamente cada día, y esto con consejo y autoridad de muchos y muy grandes letrados con quien lo trató, siendo cuando ella lo comenzó una cosa que en aquella casa no se usaba, antes le recibían de tarde en tarde, y con su ejemplo se comenzó en ella a continuar harto este Sacramento. Dio en este tiempo nuestro Señor muestras de que gustaba de que ella comulgase cada día, porque teniendo entre otras enfermedades dos vómitos cada día, uno a la mañana y otro a la noche, el de la mañana se le quitó del todo presto y nunca más le tuvo, y el de la noche la duró toda la vida»⁸.

⁸ F. DE RIBERA, *La vida de la Madre Teresa de Jesús*, Salamanca 1590, lib. IV, cap. 12, p. 420. Lo declaran también las monjas en los *Procesos* para la beatificación. Ana de los Ángeles afirma: «Sabe que la dicha Madre Teresa

Para santa Teresa, en efecto, no hay vida mística sin Eucaristía. De hecho, la comunión parece transformarla: «No creo soy yo la que hablo desde esta mañana que comulgué. Parece que sueño lo que veo y no querría ver sino enfermos de este mal que estoy yo ahora» (V 16,6). Además de fuente de experiencia, la Eucaristía es también fuente de inteligencia mística: «Me dio el Señor hoy, acabando de comulgar, esta oración sin poder ir adelante, y me puso estas comparaciones y enseñó la manera de decirlo y lo que ha de hacer aquí el alma; que, cierto, yo me espanté y entendí en un punto» (V 16,2). «Y es así que cuando comencé esta postrera agua a escribir, que me parecía imposible saber tratar cosa más que hablar en griego, que así es ello dificultoso. Con esto, lo dejé y fui a comulgar... Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras y otras poniéndome delante cómo lo había de decir, que, como hizo en la oración pasada, su Majestad parece quiere decir lo que yo no puedo ni sé» (V 18,8.14).

Los momentos fuertes que jalonan la vida mística de Teresa acontecen precisamente «acabando de comulgar», convencida de que en la comunión se encuentra real y personalmente con la Humanidad de Cristo: «Siempre tornaba a mi costumbre de holgarme con este Señor, en especial cuando comulgaba» (V 22,4). Lo confirma el P. Pedro Ibáñez en su famoso *Dictamen*: «Estas cosas [las gracias místicas] ordinariamente le vienen después de larga oración, y de estar muy puesta en Dios y abrasada en amor, o comulgando»⁹.

Y viceversa, al comulgar revive con toda intensidad el contenido de sus experiencias cristológicas: «Cuando yo me llegaba a comulgar y me acordaba de aquella Majestad grandísima que había visto, y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento, los cabellos se me espeluzaban, y toda parecía me aniquilaba» (V 38,19). «Viene a

de Jesús fue devotísima del Santísimo Sacramento del altar, y deseaba que todas lo fuesen; lo cual vio y experimentó esta declarante, en que así lo practicaba la dicha Santa y en que cada día comulgaba, para lo cual la veía prepararse con singular cuidado, y después de haber comulgado estar largos ratos muy recogida en oración, y muchas veces suspendida y elevada en Dios» (BMC 19, p. 563). Y María de San José, la priora de Sevilla, añade: «acostumbraba a llevar consigo a la santa comunión, ora una religiosa, ora otra, pareciéndola que por la compañía de la hermana que llevaba, nuestro Señor la pondría el atrevimiento de comulgar cada día» (BMC 18, p. 493).

⁹ Cf. BMC 2, p. 131, n. 14.

veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar que es el mismo Señor, en especial acabando de comulgar; representase tan señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma se ve consumir en Cristo» (V 28,8). «Cuando yo veo una Majestad tan grande disimulada en cosa tan poca como es la Hostia, es así que después acá a mí me admira sabiduría tan grande, y no sé cómo me da el Señor ánimo ni esfuerzo para llegarme a Él; si Él, que me ha hecho tan grandes mercedes y hace, no me le diese, ni sería posible poderlo disimular, ni dejar de decir a voces tan grandes maravillas» (V 38,21).

Cuando las gracias místicas fueron creciendo y los teólogos de Ávila, recelosos, las pusieron en duda -eran teólogos de medio pelo, «medio letrados espantadizos» los llama ella (5M 1,8)-, una de las medidas que le impusieron fue alejarla de la comunión: «Creo eran cinco o seis, todos muy siervos de Dios, y díjome mi confesor que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan a menudo... Fuime de la iglesia con esta aflicción y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar» (V 25,14-15)¹⁰. Y por si esto no bastara le impusieron, además, un extraño género de penitencias: «que siempre me santiguase cuando alguna visión viesse, y diese higas, porque tuviese por cierto era demonio» (V 29,5). Este gesto grosero de las higas revela la escasa estatura intelectual de sus asesores, como le vino a decir su maestro interior: «Díjome que les dijese que ya aquello era tiranía» (V 29,6)¹¹. Pero ya por aquellas fechas (años 1559-60), su piedad eucarística se había vuelto un fuego

¹⁰ Parece que ésta era una medida muy socorrida entonces, como se deduce del otro caso que contaría después la misma Santa Teresa a su querido hermano don Lorenzo para tranquilizarlo porque sentía no sé qué reacciones sensuales en la oración: «En lo de esos movimientos sensuales, es lo mejor no hacer caso de ellos. Una vez me dijo un gran letrado que había venido a él un hombre afligidísimo, que cada vez que comulgaba venía en una torpeza grande (más que eso mucho), y que le habían mandado que no comulgase sino de año a año, por ser de obligación. Y este letrado, aunque no era espiritual, entendió la flaqueza; y díjole que no hiciese caso de ello, que comulgase de ocho a ocho días, y como perdió el miedo, quitósele. Así que no haga vuestra merced caso de eso» (Cta a don Lorenzo de Cepeda, 10 de febrero de 1577, 7).

¹¹ Años después, cuando redactaba el *Castillo Interior*, aconsejaría a sus hijas que, aunque el confesor aconseje lo contrario, no hagan caso de un recurso extrañamente inventado «para atormentar a quien no pudiere menos de obedecer» (6M 9,13).

incandescente: «Viéntenme algunas veces unas ansias de comulgar tan grandes, que no sé si se podría encarecer. Acaecióme una mañana que llovía tanto, que no parece hacía para salir de casa. Estando yo fuera de ella, yo estaba ya tan fuera de mí con aquel deseo, que aunque me pusieran lanzas a los pechos, me parece entrara por ellas, cuánto más agua» (V 39,22).

Conviene recordar que las experiencias más profundas y los acontecimientos más decisivos de su existencia brotaron de la Eucaristía. Así, por ejemplo, su misión de fundadora: «Habiendo un día comulgado, mandóme mucho su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que a la una puerta nos guardaría él y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor, y que, aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas, que qué sería del mundo si no fuese por los religiosos» (V 32,11-13; 33,13). Los últimos capítulos del *Libro de la Vida* recogen toda una serie de gracias en contexto eucarístico: la gracia pentecostal del 29 de mayo de 1560, «víspera del Espíritu Santo, después de misa» (V 38,9-10), o las otras muchas referidas a continuación de ésta (cf. V 38,19.23.30.31; 39,23.27; 40,5.13.16). Pero sobre todo en esa serie de apuntes que llamamos *Relaciones y Cuentas de Conciencia*, 68 pequeños textos en los que consigna las múltiples gracias recibidas «acabando de comulgar» (CC 8,1; 25,1; 40,1; 44,1; 45,1; 49,1), «habiendo acabado de comulgar» (CC 42,1), «después de comulgar» (CC 14,6; 15,1), «yendo a comulgar» (CC 16,1), «estando comulgando» (CC 33,1).

Experiencias tan significativas como la degustación de la sangre del Señor en la liturgia eucarística del Domingo de Ramos, el 30 de marzo de 1572:

«El día de Ramos, en acabando de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera que aun no podía pasar la Forma, y teniéndomela en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había henchido de sangre. Y parecíame también estar el rostro y toda yo cubierta de ella, como que entonces acabara el Señor de derramarla. Me parece estaba caliente, y era excesiva la suavidad que entonces sentía, y díjome el Señor: *Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que*

te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózala tú con tan gran deleite como ves. Bien te pago el convite que me hacías este día. Esto dijo porque ha más de treinta años que yo comulgaba este día, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar al Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibimiento, dejarle ir a comer tan lejos; y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada según ahora veo. Y así hacía unas consideraciones bobas, y debíalas admitir el Señor; porque ésta es de las visiones que yo tengo por muy ciertas; y así para la comunión me ha quedado aprovechamiento» (CC 25,1-2)¹².

Asimismo, la experiencia del matrimonio espiritual, el 18 de noviembre de 1572, cuando «estando comulgando partió la Forma el padre fray Juan de la Cruz» y le dijo el Señor: «No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí» (CC 33; 7M 2,1); la experiencia mística trinitaria del 28 de agosto de 1575, «habiendo acabado de comulgar el día de San Agustín» (CC 42); o la de finales de ese mismo año, también «acabando de comulgar», y hasta ahora prácticamente inédita:

«Una vez, acabando de comulgar, se me dio a entender cómo este sacratísimo cuerpo de Jesucristo le recibe su Padre dentro de nuestra alma, como yo entiendo y he visto están estas divinas Personas, y cuán agradable le es esta ofrenda de su Hijo, porque se deleita y goza con Él –digamos- acá en la tierra; porque su Humanidad no está con nosotros en el alma, sino la Divinidad, y así le es tan acepto y agradable y nos hace tan grandes mercedes *cuando comulga-*

¹² Los editores de BAC y EDE fechan el suceso de este texto en Salamanca, el 8 de abril de 1571. Pero parece más convincente la datación de Silverio (BMC 2, p. 57, nota 1), basada en las noticias de María Pinel, cronista de la Encarnación: «En el coro bajo, el domingo de Ramos, se halló toda bañada en la sangre de Cristo y llena la boca de aquel néctar soberano, pagándola nuestro Señor el hospedaje que le hacía aquel día, porque, además de comulgar siempre, no comía hasta las tres de la tarde, estándose acompañando a Su Majestad hasta aquella hora; y en reverencia suya daba de comer a un pobre. Y a su imitación se hace en esta casa así, no comiendo, aunque vayan a refectorio no más de las que basten para cumplir con aquel acto de comunión. Y así, las que han comido como las que están en ayunas se van desde el refectorio al coro, dejando a la puerta la comida todas las que pueden por sí mismas para el pobre que tienen prevenido, y solicita cada una a las porteras no falte pobre para ella» (M. PINEL, *Retablo de Carmelitas*, ed. Nicolás González, Madrid 1981, p. 47).

*mos, por ser medio para que se deleite con su Hijo. No lo sé decir cómo lo entiendo, porque si es contra Escritura lo pongo aquí y creeré lo que se me dijere. Hay tan grandes cosas dentro de un alma cuando el Señor quiere comunicárselas que no se atinan a decir*¹³. Entendí que también recibe Dios¹⁴ este sacrificio aunque esté en pecado el sacerdote, salvo que *no comunica*¹⁵ las mercedes a su alma como a los que están en gracia; y no porque *dejan*¹⁶ de estar estas influencias en su fuerza, que proceden de esta comunicación con que el Padre recibe este sacrificio, sino por falta de quien le ha de recibir; como no es por falta del sol no resplandecer cuando da en un pedazo de pez, como en uno de un cristal. Si yo ahora lo dijera, me diera mejor a entender. Importa saber cómo es esto, porque hay grandes secretos en lo interior cuando se comulga. Es lástima que estos cuerpos no nos lo dejan gozar» (CC 49).

3. EN SU ACTIVIDAD FUNDACIONAL

La Madre Teresa tenía el firme convencimiento de que una fundación sólo quedaba erigida cuando se celebraba en ella la primera misa y quedaba instalado el Santísimo Sacramento, convicción sustentada en la centralidad del Santísimo como «Señor de la casa» (CV 17,7). Los letrados tardarían mucho en informarla de «que bastaba la misa

¹³ *cuando comulgamos... no se atinan a decir*: cinco líneas en la copia del P. Ribera que no figuran en los códices de Ávila, Yepes, Toledo, ni en ninguna de las ediciones. Precioso texto el de este párrafo inédito sobre el sentido místico de la comunión eucarística, como entrega que realiza el Hijo al Padre dentro de nuestra alma y donde a su vez el Padre lo recibe y se deleita con su Hijo. Como observa Antonio Mas: «El momento de la comunión no es para ella el de acción de gracias, sino el instante en el que la persona hace suya la autodonación al Padre por parte del Hijo. En la intimidad de este encuentro y ofrecimiento está la clave del ser y hacer teresiano, su fuente de inspiración para escribir, el origen de su acción apostólica y la mayor parte de las “hablas” que le hace su Esposo» (A. MAS ARRONDO, «Acerca de los escritos autógrafos teresianos: *Vida, Castillo Interior y Relaciones*», en S. Ros (Coord.), *La recepción de los místicos Teresa de Jesús y Juan de la Cruz*, Salamanca 1997, p. 132).

¹⁴ *Dios*: omitido en las demás copias y ediciones.

¹⁵ *no comunica*: los códices de Ávila, Yepes y Toledo cambian el sujeto y ponen: *no se comunican*. Y así se lee en las ediciones.

¹⁶ *dejan*: las otras copias y ediciones convierten el presente en subjuntivo: *dejen*.

para tomar la posesión»¹⁷. Con todo, sin embargo, su deseo y su consuelo era «ver una iglesia más adonde haya Santísimo Sacramento» (F 3,10; 18,5; 29,27), lo que a veces dio lugar a episodios dramáticos como el de Medina del Campo:

«Nos dimos tan buena prisa, que, cuando amanecía, estaba puesto el altar, y la campanilla en un corredor, y luego se dijo la misa. Esto bastaba para tomar la posesión. No se cayó en ello, sino que pusimos el Santísimo Sacramento. Yo ya estaba hasta esto muy contenta, porque para mí es grandísimo consuelo ver una iglesia más adonde haya Santísimo Sacramento; mas poco me duró. Porque, como se acabó la misa, llegué por un poquito de una ventana a mirar el patio, y vi todas las paredes por algunas partes en el suelo, que para remediarlo era menester muchos días. ¡Oh, válgame Dios! Cuando yo vi a su Majestad puesto en la calle, en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, ¡qué fue la congoja que vino a mi corazón!... Comencé a tratar de que se nos buscara casa alquilada, costase lo que costase, para pasarnos a ella mientras aquello se remediaba, y comencéme a consolar de ver la mucha gente que venía, y ninguno cayó en nuestro desatino, que fue misericordia de Dios; porque fuera muy acertado quitarnos el Santísimo Sacramento. Ahora considero yo mi bobería y el poco advertir de todos en no consumirle; sino que me parecía, si esto se hiciera, era todo deshecho. Por mucho que se procuraba, no se halló casa alquilada en todo el lugar, que yo pasaba harto penosas noches y días. Porque, aunque siempre dejaba hombres que velasen el Santísimo Sacramento, estaba con cuidado si se dormían; y así, me levantaba a mirarlo de noche por una ventana, que hacía muy clara luna y podía bien ver. Todos estos días era mucha la gente que venía, y no sólo [no] les parecía mal, sino poníales devoción de ver a nuestro Señor otra vez en el portal. Y su Majestad, como quien nunca se cansa de humillarse por nosotros, no parece quería salir de él» (F 3,9-13)¹⁸.

¹⁷ Quizá a finales de 1570, en la fundación de Salamanca: «Fue la primera que fundé sin poner el Santísimo Sacramento, porque yo no pensaba era tomar la posesión si no se ponía, y había ya sabido que no importaba, que fue harto consuelo para mí, según había mal aparejo de los estudiantes» (F 19,3).

¹⁸ El episodio de Medina y la vela nocturna de Santa Teresa inspiraron seguramente a Antonio Machado esta coplilla: «¡Noches de Santa Teresa! / Ya no hay quien medita de noche / con las ventanas abiertas» (A. MACHADO, *Poesías Completas*, edición crítica de Oreste Macrí, Espasa-Calpe, Madrid 1989, p. 791).

Casi contemporánea a la fundación medinense fue la profanación del Sacramento en Alcoy, noticia que conmocionó a toda España y que llegó también a oídos de la Madre Teresa. Recordemos que la fundación de Medina tuvo lugar el 15 de agosto de 1567 y los sucesos de Alcoy ocurrieron en enero de 1568, lo que motivó a San Juan de Ribera, obispo de Valencia, a pedir a la Madre Teresa una fundación de carmelitas en el lugar de la profanación. El relato de la fundación de Medina lo escribió la Santa en 1573, es posterior a ambos sucesos y probablemente influenciado por ellos.

Episodios parecidos se repitieron en otras fundaciones: en Toledo (F 15,9), en Segovia (F 21,5.8), en Córdoba camino de Sevilla (F 24,12-14), hasta la fundación de Burgos, la más penosa de todas, donde el recién promovido arzobispo (cuyo nombre silencia ella con celo exquisito) la hizo sufrir de lo lindo, negándole la licencia con dilaciones inexplicables, y hasta «para que nos dijese misa en casa [de Catalina de Tolosa], por no ir por las calles», «nunca se pudo acabar con él nos dejase oír en ella misa», por lo que el P. Gracián «andaba deshecho» de verlas salir cada día a la parroquia de San Gil (F 31,23.26).

Al hacer memoria de su actividad fundacional, y a pesar del propósito de «no poner en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos», nos ha dejado un párrafo revelador de sus motivaciones y sentimientos:

«A lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradicción; mas, en comenzándolos a andar, me parecía poco, viendo en servicio de quién se hacía, y considerando que en aquella casa se había de alabar al Señor y haber Santísimo Sacramento. Esto es particular consuelo para mí, ver una iglesia más, cuando me acuerdo de las muchas que quitan los luteranos. No sé qué trabajos, por grandes que fuesen, se habían de temer a truco de tan gran bien para la cristiandad; que, aunque muchos no lo advertimos, estar Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, como está en el Santísimo Sacramento en muchas partes, gran consuelo nos había de ser» (F 18,5).

4. EN SU MAGISTERIO

A la hora de implantar su nuevo estilo de vida comunitaria, la Madre Teresa tuvo muy en cuenta la importancia de la Eucaristía. De hecho, en las primeras *Constituciones* del grupo, la misa diaria ocupaba un puesto destacado, y de manera solemne en los domingos y fiestas. Ciertamente, no propone -ni era pensable entonces- la práctica de la comunión diaria, pero aumenta considerablemente el número de comuniones permitidas con respecto a las precedentes normas del monasterio de la Encarnación. Ahora, en el capítulo titulado «Qué días se ha de recibir el Señor», dice: «La comunión será cada domingo y días de fiesta, y días de nuestro Señor y nuestra Señora y de nuestro padre San Alberto, de San José, y los demás días que al confesor pareciere, conforme a la devoción y espíritu de las hermanas, con licencia de la madre priora. También se comulgará el día de la advocación de la casa» (Cst 5).

Su primer biógrafo, el jesuita Francisco de Ribera, añade que la Madre Teresa, además de lo prescrito en las *Constituciones*, «mandó que cada monja comulgase todos los años el día en que tomó el hábito, y en el que hizo profesión. Y aunque esto no está en las Constituciones, quiso que tuviese la misma fuerza que si en ellas estuviera, y para que se supiese su voluntad, una vez que se lo preguntaron pidió tinta y papel, y lo escribió y firmó de su nombre»¹⁹. Aún se conserva ese apunte de la Santa, editado en las secciones de memoriales y escritos sueltos: «Día de la profesión y hábito es constitución de las antiguas que comulguen las hermanas que lo hubieren recibido. Teresa de Jesús» (ES 3). Y sigue diciendo el P. Ribera: «De esta devoción que tenía al santísimo sacramento venía la grande y entrañable reverencia que tenía a los sacerdotes, por ser ellos los que consagran»²⁰. Poco antes, el mismo biógrafo había aportado un par de detalles interesantes: «Tenía grandísima curiosidad en que todo lo que tocaba al servicio de este Sacramento estuviese muy cumplido y limpio y bien aderezado, como es la Iglesia y el altar y frontales y ornamentos y cálices y corporales, como se ve en todos sus monasterios por pobres

¹⁹ F. DE RIBERA, *La vida de la Madre Teresa de Jesús*, o. c., lib. IV, cap. 12, p. 424.

²⁰ *Ibid*, p. 423-424.

que sean, y cuando estaba con grandes señoras y la ofrecían muchas cosas, a lo que se acodiciaba eran pastillas y pebetes para el Santísimo Sacramento, y procuraba fuesen los mejores que había»²¹.

Estas primeras disposiciones elementales tienen amplio desarrollo doctrinal y pedagógico en el *Camino de Perfección*, donde dedica tres capítulos (33-35) a educar la piedad eucarística de sus monjas, comentando la cuarta petición del Padrenuestro: «el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy». Las ideas fundamentales que les inculca podrían resumirse en seis puntos o tesis:

– a) En primer lugar, presenta la Eucaristía como el don supremo del Padre, su don por excelencia, que ya no consiste en el maná del desierto, sino en el don de su propio Hijo: «Su Majestad nos le dio – como he dicho– este mantenimiento y maná de la Humanidad, que le hallamos como queremos, y que, si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre; que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación» (CV 34,2). Es ese don en persona lo que pedimos al Padre al decirle que nos dé el pan de cada día. Se lo pedimos para el “hoy” efímero de la vida presente y para el inmarcesible “cada día” de la eternidad: «Estando yo pensando por qué, después de haber dicho el Señor “cada día”, tornó a decir “dánoslo hoy, Señor”, ser nuestro cada día, me parece a mí porque acá le poseemos en la tierra y le poseeremos también en el cielo, si nos aprovechamos bien de su compañía. Pues en esta petición “de cada día” parece que es “para siempre” (CV 34,1).

– b) La Eucaristía, por tanto, es la prolongación de la presencia de Cristo en el mundo. Presencia velada –«disfrazada», «encubierta»– de su Humanidad, como la Encarnación fue presencia velada de su Divinidad, pero presencia real, a fin de cuentas: «Esto no es representación de la imaginación, como cuando consideramos al Señor en la cruz o en otros pasos de la Pasión, que le representamos en nosotros mismos como pasó. Esto pasa ahora y es entera verdad, y no hay para qué irle a buscar en otra parte más lejos» (CV 34,8). Lo confirma, además, con su propio testimonio: «Conozco una persona [ella misma] que habíala el Señor dado tan viva fe, que cuando oía a algunas personas decir que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo,

²¹ *Ibid.*, p. 423.

nuestro Bien, en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que, teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, que ¿qué más se les daba?» (CV 34,6). Y termina diciendo, con evidente ironía, «que no le trataron tan bien cuando se dejó ver a todos al descubierto y les decía claro quién era, que muy pocos fueron los que le creyeron. Y, así, harta misericordia nos hace a todos, que quiere su Majestad entendamos que es Él el que está en el Santísimo Sacramento» (CV 34,13).

– c) En este sentido, la Eucaristía es el extremo de la kénosis de Jesús, de su condescendencia, de su proceso de abajamiento. En ella se «disfraza» para hacérsenos más «tratable»: «Si os da pena no verle con los ojos corporales, mirad que no nos conviene, que es otra cosa verle glorificado; no habría sujeto que lo sufriese, de nuestro flaco natural, ni habría mundo ni quien quisiese parar en él; porque en ver esta Verdad eterna, se vería ser mentira y burlas todas las cosas de que acá hacemos caso... Debajo de aquel pan está tratable; porque si el rey se disfraza, no parece se nos daría nada de conversar sin tantos miramientos y respetos con él; parece está obligado a sufrirlo, pues se disfrazó» (CV 34,9).

– d) Desde este punto de vista, la Eucaristía es teofánica, manifestación suprema de Cristo y de su amor. En ella se nos da a conocer -«se nos descubre»- de manera especial, «que aunque no le vean con los ojos corporales, muchos modos tiene de mostrarse al alma por grandes sentimientos interiores y por diferentes vías» (CV 34,10). Oculto, pero dispuesto a manifestarse al comulgante según la medida de sus deseos: «de muchas maneras se da a conocer, conforme al deseo que tenemos de verle; y tanto lo podéis desear que se os descubra del todo» (CV 34,12). Muy en consonancia, pues, con la estructura misma del Sacramento-banquete, que requiere hambre espiritual para ser recibido.

– e) La Eucaristía es misterio de comunión, fuente y culmen de la unión con Cristo. Comulgando, el Señor se adentra en nosotros y nosotros nos adentramos en Él: «Pues si, cuando andaba en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje» (CV 34,8). De ahí

que la Eucaristía sea el mejor ámbito para la relación directa con Él y para ejercitarla con las múltiples expresiones de la oración: «Debajo de aquel pan está tratable... Estaos vos con Él de buena gana. No perdáis tan buena sazón de negociar como es la hora después de haber comulgado» (CV 34,10)²².

– f) Finalmente, en la Eucaristía participamos del sacrificio de Cristo, estamos llamados a ejercer el sacerdocio bautismal. Así lo hace ella, dirigiéndose al Padre con porte sacerdotal y en nombre de todas sus monjas: «Padre santo que estás en los cielos, alguien ha de haber que hable por vuestro Hijo, pues Él nunca tornó de Sí²³. Seamos nosotras, hijas, aunque es atrevimiento, siendo las que somos. Mas, confiadas en que nos manda el Señor que pidamos, llegadas a esta obediencia, en nombre del buen Jesús supliquemos a su Majestad que, pues no le ha quedado por hacer ninguna cosa haciendo a los pecadores tan gran beneficio como éste, que quiera su piedad y se sirva de poner remedio para que no sea tan maltratado. Y que pues su santo Hijo puso tan buen medio para que en sacrificio le podamos ofrecer muchas veces, que valga tan precioso don para que no vaya adelante tan grandísimo mal y descatos como se hacen en los lugares adonde estaba este Santísimo Sacramento entre estos luteranos, deshechas las iglesias, perdidos tantos sacerdotes, quitados los sacramentos» (CV 35,3).

Este último aspecto es de capital importancia para sus lectoras carmelitas. Desde el primer capítulo del libro y con palabras de fuego, quiso sensibilizarlas ante las grandes necesidades de la Iglesia: «Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios, quieren poner su Iglesia por el suelo... No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia» (CV 1,5). La oración y toda la vida de una carmelita está orientada por completo a ese servicio eclesial: «para eso os juntó aquí; éste es vuestro llamamiento, éstos han de ser vuestros negocios, éstos han de ser vuestros deseos, aquí vuestras lágrimas, éstas vuestras peticiones... Y cuando vuestras oraciones y de-

²² De hecho, el título que antepuso a este capítulo dice expresamente: «Es muy bueno para después de haber recibido el Santísimo Sacramento».

²³ *nunca tornó de Sí*: nunca se defendió a Sí mismo. La frase fue tachada por el censor (fol. 169r).

seos y disciplinas y ayunos no se emplearen por esto que he dicho, pensad que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor» (CV 1,5; 3,10). De ahí que concluya su comentario eucarístico en tono sacerdotal y con una preciosa anáfora:

«Atajad este fuego, Señor, que si queréis, podéis. Mirad que aún está en el mundo vuestro Hijo... No lo hagáis por nosotros, Señor, que no lo merecemos; hacedlo por vuestro Hijo. Pues suplicaros que no esté con nosotros, no os lo osamos pedir: ¿qué sería de nosotros? Que si algo os aplaca, es tener acá tal prenda. Pues algún medio ha de haber, Señor mío, póngale vuestra Majestad. ¡Oh, mi Dios, quién pudiera importunaros mucho y haberos servido mucho para poderos pedir tan gran merced en pago de mis servicios, pues no dejáis ninguno sin paga! Mas no lo he hecho, Señor; antes por ventura soy yo la que os he enojado de manera que por mis pecados vengan tantos males. Pues qué he de hacer, Criador mío, sino presentaros este Pan sacratísimo y, aunque nos le disteis, tornáosle a dar y suplicaros, por los méritos de vuestro Hijo, me hagáis esta merced, pues por tantas partes lo tiene merecido. Ya, Señor, ya. Haced que se sosiegue este mar. No ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia, y salvadnos, Señor mío, que perecemos» (CV 35,4-5).

5. MUERTE EUCARÍSTICA

En la memoria de las primeras carmelitas quedó impreso el recuerdo de las últimas palabras, de la postrera oración eucarística que dijo la Madre Teresa en su lecho de muerte, en Alba de Tormes.

El día 3 de octubre de 1582, miércoles a mediodía, se sintió exhausta de fuerzas y pidió le llevaran el Santísimo Sacramento. Se lo llevó el Padre Antonio de Jesús (Heredia) por la tarde. Y Ana de San Bartolomé, su fiel enfermera, recuerda: «Cuando vio que se le llevaban, enhestóse en la cama con gran ímpetu de espíritu, de manera que fue menester tenerla porque parecía que se quería echar de la cama. Decía con gran alegría: “Señor mío, ya es tiempo de caminar. Sea muy enhorabuena y cúmplase vuestra voluntad”»²⁴. Palabras que

²⁴ ANA DE SAN BARTOLOMÉ, «Últimos años de la Madre Teresa», en *Obras completas de la Beata Ana de San Bartolomé*, vol. I, ed. de Julián Urkiza, Roma, Teresianum 1981, p. 24.

otros testigos refieren más ampliamente: «¡Señor y Esposo mío! ¡Ya es llegada la hora tan deseada! ¡Tiempo es ya que nos veamos, Amado mío y Señor mío. Ya es tiempo de caminar. ¡Vamos muy enhorabuena! Cúmplase vuestra voluntad. ¡Ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro y mi alma goce en uno con Vos, que tanto he deseado!»²⁵.

Si se muere como se ha vivido, la Madre Teresa murió como lo que era: una enamorada²⁶, como la esposa anhelante del Cantar de los Cantares. La suya fue una muerte de amor, y con el mismo deseo vehemente que tantas veces al comulgar había dilatado su corazón.

²⁵ Cf. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS-OTGER STEGGINK, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, 3ª ed., BAC, Madrid 1996, p. 935; J. L. ASTIGARRAGA, «Últimos días y muerte de Santa Teresa», en *Teresianum* 33 (1982) 7-69; J. CASTELLANO, «Ya es hora, Esposo mío, que nos veamos. El Maranatha de la Madre Teresa y su última Eucaristía», en *Monte Carmelo* 88 (1980) 576-582; C. GARCÍA, Experiencia eucarística de Santa Teresa de Jesús, en *Burgense* 41 (2000) 73-86.

²⁶ Así lo acreditaba el testimonio del P. Pedro Ibáñez: «Yo le pregunté un día que me dijese cómo gastaba el tiempo, y pensaba yo que tenía algunas horas de oración y que lo demás gastaba en otros ejercicios. Respondióme que no se podía imaginar persona enamorada tanto de otra, y que no se pudiese un punto hallar sin lo que amaba, como ella era con nuestro Señor, consolándose con Él, y hablando siempre de él y con él» (BMC 2, p. 148). Lo declaró también su sobrina Teresita en los *Procesos*: «Y también sabe que la santa Madre andaba tan embebida en Dios, que preguntándola un su confesor letrado cómo gastaba el tiempo, pensando que tenía algunas horas de oración y después se divertía en otras cosas, le respondió la santa Madre, que no se podía imaginar persona tan enamorada de otra y que no se pudiese hallar un punto sin ella como ella lo era con Cristo nuestro Señor, comunicando siempre con él y amándole más de lo que se podía entender» (BMC 2, p. 337).